

1. Morir es una mala decisión

¿Quién sería yo si la vida me hubiera guiado por otros senderos? ¿Y si mis decisiones hubieran tomado direcciones opuestas a las que escogí? Todos, alguna que otra vez, nos hemos hecho preguntas como estas, pero en mi caso se convirtieron en obsesión tras la muerte de mi mujer, presa de un tumor cerebral a cuya detección llegamos con un mes de retraso.

Dejen que me presente. Me llamo Eduardo Montero y, según la revista Forbes, soy uno de los cien empresarios más ricos de Europa; pero ni mi dinero, ni mi poder, ni mis influencias, pudieron con los «designios del destino». Esa fue una de las cosas a las que muchos, y en especial unos cuantos curas, se aferraron, para dar explicación al hecho de que mi mujer Carolina, buena persona donde las haya, y mejor esposa si cabe, muriera joven y sin haber llegado a realizar ni la mitad de sus sueños. Yo mismo me repetí una y otra vez que eso era algo que ocurría todos los días y que «los caminos del Señor son inescrutables», pero no dejaba de atormentarme pensando si habría alguna decisión que, de haber tomado o dejado de tomar, hubiera cambiado el destino de Carolina.

Lo primero que hice fue dar vueltas a la cabeza y a mi agenda laboral, para intentar recordar qué estaba haciendo en la época en la que se suponía que, de haber detectado la enfermedad, mi mujer se hubiera salvado. Creí estar haciéndolo como una manera de afrontar que ella había muerto y poder seguir adelante aunque, en el fondo de mi ser, me sentía culpable; estaba seguro —y bastante obsesionado— de que algo que hice o dejé de hacer tuvo gran relevancia en el curso de los acontecimientos. Descubrí horrorizado que parecía ser así cuando, mientras revisaba la agenda en la que anotaba todas las incidencias del trabajo, vi que me había ido a un viaje de negocios innecesario, al que Carolina no quería que fuese.

Fui a Japón, ya que mi empresa —una importante compañía farmacéutica— había iniciado negociaciones con varias firmas de aquel país, para introducir algunos de sus productos en el mercado español. Lo oriental estaba de moda —y aún lo está— y queríamos una buena parte del pastel. Mis mejores asesores se iban a encargarse de todo y no necesitaban de mi presencia, pero yo quería estar allí y, de paso, conocer in situ el tan famoso «país del sol naciente». En esas mismas fechas, Carolina empezó a sentir migrañas esporádicas y no se encontraba con la moral muy alta, por lo que prefería que me quedase en España y le hiciera compañía. Yo, a decir verdad, estaba bastante harto del trabajo y la vida cotidiana y quería aprovechar el viaje a Japón para cambiar de aires y despejar mi cabeza. Además, y como yo mismo solía decir, Carolina se encontraba «en uno de esos días», con lo que tenía bastante claro cuál era la causa de los dolores de cabeza y los amagos de depresión. La convencí presentándole mil y un argumentos por los que mi presencia en Japón era imprescindible, e incluso llegué a bromear con ella diciendo que tal vez volvería con un milagroso remedio oriental para las migrañas o las molestias menstruales.

No tardé en volverme loco y maldecirme una y mil veces por aquella decisión. Si hubiera estado esa semana con mi mujer, en lugar de pasarla comiendo sushi con dos tipos canijos a los que no entendía y que solo sabían sonreír con cara de tontos, tal

vez ahora aún disfrutaría de su compañía. Sé que probablemente no hubiese ocurrido nada, y más teniendo en cuenta que las famosas migrañas remitieron en poco más de un día y no volvieron a manifestarse hasta que ya era demasiado tarde, pero yo seguía obsesionado con la idea de que tal vez hubiese podido hacer algo. La frase puede sonar muy poética y también muy usada, tanto en novelas como en el cine, pero en esos momentos hubiera dado todo mi dinero por la simple posibilidad de recuperar a Carolina o, al menos, cambiar el pasado y burlar al destino, o lo que sea que se la llevó.

2. Primeras decisiones

Tardé poco en pasar de la poesía a la acción, y mi primera decisión fue muy rápida. Gasté una pequeña fortuna —pequeña porque todavía me quedaba mucho dinero— en alquilar por treinta años un modelo experimental, elitista y carísimo, de cámara criogénica. Dicen que Walt Disney hizo ya eso mismo en el pasado y ahora es un cubito de hielo, así que yo no iba a ser menos. Si Disney pudo hacerlo, y lleva ya unos cuantos años muerto, yo no me quedaría atrás. Tuve que actuar con rapidez, pues mi periodo de reflexión se había prolongado por espacio de un par de días, y no estaba seguro de que no fuera ya demasiado tarde para criogenizar a mi mujer. Con la ayuda de un notario y un abogado de confianza, a los que después daría un generoso incentivo por los servicios prestados, redacté un falso testamento en el que mi mujer solicitaba expresamente la criogenización hasta que la ciencia médica pudiera revivirla y curar su enfermedad, o hasta que pasasen treinta años. Con esto, y unos cuantos sobres llenos de dinero, que repartí por aquí y por allí, entre unos cuantos funcionarios más, no tuve dificultad en conseguir que nadie pusiera pegas a la congelación del cadáver de Carolina y, aún más importante si cabe, que nadie dijera nada, ni siquiera a su familia más cercana. Si lo de Walt Disney, que no es más que una leyenda urbana sin confirmar, ha traído tanta cola a lo largo de las últimas décadas, solo faltaba que la prensa descubriera que yo, uno de los empresarios farmacéuticos más conocidos del país, me había encomendado a técnicas médicas que parecían sacadas de un capítulo de *Star Trek*. No sería la mejor publicidad para una empresa como la mía.

Tirando nuevamente de mi billetera, fleté un avión privado que trasladó el cadáver de Carolina a Estados Unidos, lugar donde debería reposar congelada. Previo pago de un pequeño plus por las molestias, fue un técnico de la sociedad criónica escogida, *New Haven Cryogenics*, quien se encargó de recoger el cuerpo y llevarlo a su país. Yo necesitaba quedarme en España y aprovechar el tiempo lo mejor posible, para preparar un funeral digno. El día anterior, ni siquiera había pensado todavía si enterraría un ataúd vacío o lleno de piedras, pero estaba claro que algo debía hacer. Lo peor de todo no era no tener el plan claro, sino darme cuenta de que, en poco más de dos días, había cometido más delitos que en toda mi vida.

El paripé del funeral consistió al final en el enterramiento de un féretro en el que solo había sacos de tierra. Ya que estaba metido de lleno en el fraude, y decidido a hacer las cosas bien, me esmeré en juntar tanta arena como kilos pesaba Carolina, aun estando seguro de que nadie se iba a molestar en comprobar nada. Como ya había hecho con anterioridad para conseguir otras cosas, había repartido unos cuantos billetes entre el personal de la funeraria y los operarios del cementerio. En ambos casos, escogí a empleados de la parte más baja del escalafón, de esos que cobran tan poco que nunca rechazan un buen sobresueldo.

Todo transcurrió sin excesivos problemas, y el funeral se desarrolló como cabía esperar: llantos, algún que otro chillido de dolor y un cura diciendo palabras bonitas de Carolina, a la cual ni siquiera conocía. Al acabar, los familiares recibimos los consabidos pésames y todos volvimos a nuestras vidas habituales, aunque en mi caso,

tenía unos planes bastante distintos: aún no sabía cómo lo iba a hacer y qué pasos iba a seguir, pero estaba decidido a buscar soluciones a la situación de mi mujer.

Ya había iniciado el proceso con lo de la criogenización, pero en realidad, llevaba ya unos días dando vueltas a otras posibilidades. En concreto, había una que me llamaba poderosamente la atención: las crecientes teorías sobre mundos paralelos y realidades alternativas.

Mi gran afición a la literatura y al cine de ciencia ficción me habían llevado desde pequeño a leer y ver todo aquello que sonara a futurista, tanto de ficción como teóricamente «serio». Tanto era así, que había llegado incluso a leer todo lo que Einstein había escrito y que se suponía que daba pie a creer en la existencia de dimensiones paralelas y mundos alternativos. La llegada de Internet a mi vida había supuesto una gran revolución, al permitirme tener acceso casi instantáneo —tenía suficiente dinero para pagar una conexión de las verdaderamente rápidas— a toda la información que se publicaba sobre esos temas. A decir verdad, siempre había visto esas cosas como simples curiosidades o como si fueran capítulos de una serie de ciencia ficción barata de la tele, pero era lo único que se me ocurría en esos momentos. Eso, o viajar en el tiempo, que se me antojaba igual de inverosímil.

Gracias a Internet, había descubierto ya que existían varios científicos en todo el mundo desarrollando diversas teorías que se ajustaban a lo que yo buscaba, aunque nunca les había concedido demasiada credibilidad. Aparte de eso, estaba también el hecho de que, a pesar de ser de ciencias, la física nunca había sido una de mis especialidades en el colegio. Y ni qué decir tiene que la física cuántica y especialidades más complejas quedaban fuera de mi alcance, además de sonarme a pura fantasía. Siempre aprobaba la física por los pelos, sin olvidar que tampoco me preocupaba demasiado por ella. Tenía muy claro que me interesaba la carrera de Farmacia, por lo que los electrones, neutrones, fotones, y demás partículas acabadas en «on», nunca me preocuparon. La ciencia ficción siempre me gustó, aunque nunca me detuve a pensar en si las historias que contaban en las novelas o las películas podrían tener o no una base científica. De hecho, tuve que esforzarme mucho para cambiar mi actitud, y dejar de ver las teorías sobre dimensiones paralelas, agujeros de gusano y demás tecnicismos de la física teórica moderna como simples patrañas sacadas de películas.

Pasé bastante tiempo —más o menos unas tres semanas— intentando encontrar de nuevo todas las páginas web sobre física cuántica y demás conceptos avanzados que había visitado a lo largo de los últimos años. La tarea tuvo éxito en parte y, al final de esas tres semanas, había logrado dar con una buena cantidad de ellas, aunque no todas. Para empeorar más las cosas, el trabajo se cruzó en mi camino, lo cual entorpeció bastante mi investigación. Yo era el jefe y en teoría —al menos así lo creía yo— no estaba obligado a ir a trabajar cada día. Tenía la empresa suficientemente bien organizada y jerarquizada como para estar seguro de que en cada departamento había por lo menos cuatro o cinco personas capaces de hacer funcionar la empresa sin mi presencia. Lo malo era que no contaba con el trato con los japoneses, precisamente aquel a causa del cual estaba seguro de haber descuidado a mi difunta esposa. Ver a los japoneses o tratar con ellos era lo que menos me apetecía en esos momentos, pero preferí hacer de tripas corazón y seguir adelante con el trato. Tenía claro que mi investigación y, sobre todo, el mantenimiento del cadáver congelado de Carolina, iban a suponer grandes desembolsos económicos, por lo que el acuerdo con los japoneses, y cualquier acuerdo similar al que mi empresa pudiera llegar, solo podría ser

beneficioso para mí. El dinero nunca había sido un problema y siempre había gozado de una situación económica bastante desahogada, pero estaba dispuesto a invertir cuanto dinero fuera necesario en investigar cualquier mínima posibilidad de salvar o recuperar a mi mujer, por lo que iba a necesitar todo el superávit posible, principalmente si iba a descuidar mi trabajo. No es que no confiara en mis empleados «de confianza» —valga la redundancia—, pero quería tener las espaldas cubiertas.

Me tragué mi orgullo y mi odio por los japoneses —tampoco excesivo, pero sí existente— y acudí sin falta a todas las reuniones de trabajo, hasta que el acuerdo estuvo firmado y rubricado. El trato consistía en una relación comercial recíproca que se prolongaría diez años, tiempo durante el cual intercambiaríamos conocimientos, tecnología e inversiones cruzadas. Como ya he comentado, ellos tenían todos esos productos «exóticos» de la medicina oriental, como plantas, raíces y demás productos desconocidos o poco conocidos en Europa, y nosotros contábamos con sistemas de producción que les habían parecido interesantes. Creo recordar que alguno de ellos llegó incluso a nombrar la palabra «siesta» durante las negociaciones. La clave estaba en que todos saldríamos beneficiados, yo especialmente.

Estaba claro que necesitaba sacar tiempo de alguna manera si quería dedicarme en exclusiva a mi plan, así que en cuanto pude, organicé una reunión con los más altos ejecutivos de mi empresa. Con la excusa de necesitar tiempo para recuperarme de la pérdida de mi mujer y poder volver al trabajo con más ganas, les convencí para organizar los departamentos de la empresa de modo que yo pudiera tomarme un año sabático. Por fortuna, nadie me preguntó por qué había decidido alejarme de la empresa precisamente por un año, y digo por fortuna porque no hubiera sido capaz de dar una explicación suficientemente coherente. Escogí un año porque era un número redondo y porque alguien hubiera sospechado, o incluso le hubiera sentado mal, si me tomaba más tiempo. La empresa ya no era el negocio familiar de mi padre, y cosas como cotizar en bolsa habían obligado a la familia a ceder algo de control.

Para cubrirme más las espaldas, y no tener a nadie dándome la lata, les dije también que había decidido viajar por Europa durante ese año. Me justifiqué diciendo que ya no había nada que me atase a España y, para ser sincero, había mucha verdad en esa afirmación.

Aunque lo intenté, no pude evitar preguntas por parte de la gente de la empresa con la que más confianza tenía, y entre los que se contaban algunos de mis mejores amigos. Más o menos, todos entendían —o al menos, decían entender— las razones por las que había decidido tomarme un año sabático, pero no hubo ninguno que no planteara dudas o no se mostrara al menos un tanto reticente. En la mayor parte de los casos —algunos eran amigos, pero otros no eran más que pesados, de esos que meten las narices en cualquier tema de conversación—, apreciaba que se preocuparan por mí y mi bienestar, pero no me apetecía ni justificarme ante nadie, ni inventar excusas. De todos modos, supongo que yo mismo y mis nervios tuvimos parte de culpa en todo ello. Se me notaba bastante preocupado, aunque en realidad nadie tenía mucha idea de cuál era la verdadera razón de mi inquietud. Claro que estaba afectado por la pérdida de Carolina, pero en esos momentos, había ya dado tantas vueltas a la cabeza y había cometido tantos delitos, que solo podía pensar en los aspectos más prácticos de la situación. Tenía un año —tal vez un poco más si después lo compaginaba con el trabajo— para intentar encontrar una solución al problema, o

para dejarlo por imposible y empezar a hacerme a la idea de que Carolina ya no iba a volver.

No sin esfuerzo, logré quitarme de encima a todos los moscones y salí de la última reunión de ejecutivos con el compromiso de que nadie hablaría más de la cuenta con la prensa. Tampoco tenía razones para pensar que pudieran dudar de la versión que les había dado, pero no hay nada peor que un empleado «trepa» que no sabe de lo que habla o que cree estar informado, sin tener en verdad toda la información.

Después de eso, pasé un día entero imprimiendo las partes más interesantes de las páginas web que había visitado durante los días anteriores, al tiempo que trataba de ordenarlas, por categorías y por calidad de su información. Hasta ese momento, no había sido capaz de enterarme de mucho leyendo toda esa información en la pantalla del ordenador, así que supuse que lo mejor sería pasar todos esos datos a papel y revisarlos con más calma. Además, siempre que tengo que leer tanto en la pantalla de un ordenador, acabo cansándome en poco más de media hora, el tiempo máximo que puedo permanecer leyendo antes de empezar a sentir que los ojos se me van a salir de las órbitas. Supuse que teniéndolo en papel siempre podría mirarlo más tranquilamente, donde me diese la gana, y sin preocuparme de radiaciones de la pantalla del ordenador, cansancio de la vista o cosas por el estilo.

El truco me sirvió para poder leer más relajado y sin tantos dolores de cabeza, pero no para que me enterase de algo más. Nuevamente, los conceptos de física cuántica, agujeros negros, espacio curvo y términos aún más oscuros quedaban a años luz —bueno, algún término sí que llegué a entender— de mis posibilidades de comprensión, lo cual no me dejaba muchas opciones; necesitaba encontrar a alguien que me lo explicara.

Empecé a buscar entre las personas de mi entorno y de mi pasado, pero no recordaba a ningún amigo o conocido que hubiera estudiado Físicas, aparte de que la física cuántica se me antojaba bastante compleja para las personas de mi entorno. Nunca me había codeado con ningún científico, salvo expertos en farmacia, así que estaba claro que debía buscarlo por otros medios. Sí tenía un amigo, llamado Roberto, que trabajaba como profesor de informática en una pequeña universidad, por lo que imaginé que no le resultaría demasiado difícil ponerme en contacto con el departamento de Físicas de esa misma institución. Una vez en contacto con el departamento adecuado, no creía que pusieran pegas a alguien con el deseo altruista de contribuir a la investigación española. Siempre he visto en la tele a científicos españoles que se quejan de falta de medios, por lo que no pensé que se fueran a quejar cuando les preguntara por algún científico español que anduviera enfrascado en estudios sobre física cuántica y otros conceptos de la física teórica.